

Era igualmente opuesto á la doctrina de Orígenes, y cuéntase que, habiendo encontrado uno de sus libros, lo echó al agua, y dijo que lo habría echado al fuego, si no hubiese estado escrito en él el nombre de Dios. Un día en que conversaba con sus religiosos sobre negocios de su salvacion, fué el portero del monasterio á decirle que habian llegado solitarios de gran apariencia, y que tenían que hablarle. Respondió que les introdujese en casa, y después de los primeros cumplimientos de política y caridad y de haberles mostrado algunas celdas y los principales departamentos, les llevó á una sala más retirada para darles libertad de decirle lo que deseaban.

Ellos entraron en discurso sobre las santas Escrituras, y trataron de materias muy elevadas y muy curiosas con gran abundancia de palabras y mucha elocuencia; pero mientras ellos hacían ostentacion de su erudicion, el Santo sintió un olor muy malo, sin poder juzgar de dónde venía. La conversacion duró hasta la hora de nona, en la que aquellos solitarios se despidieron de él sin querer comer como el Santo se lo ofreció, alegando por razon que querian estar de vuelta en su casa antes de la puesta del sol.

Desde que se hubo despedido de ellos, púsose en oracion, y con el rostro pegado en tierra rogó al Señor que le diese á conocer de dónde podía provenir aquel mal olor. Apareciósele un ángel y le declaró que aquellos religiosos estaban inficionados de los errores de Orígenes, y que los dogmas impíos que sostenían hacían exhalar de su corazón el hedor que habia sentido. El bienaventurado espíritu le añadió que hiciese salir en busca suya para advertirles el perjuicio que ocasionaban á su alma siguiendo aquella perniciosa doctrina y la pérdida eterna que causarían á los que se dejasen seducir por sus envenenados discursos.

Salió al instante de su celda, despachó en busca suya á un hermano el cual les hizo volver y, cuando estuvieron

en su presencia, les preguntó si leían las obras de Orígenes, lo cual ellos no se atrevieron á confesar. Pero él no se fió de su palabra y les dijo: « Os aseguro en presencia del Señor, que quien quiera que lee los escritos de Orígenes y se adhiere á sus errores se precipita en las tinieblas y en las llamas eternas. Os anuncio lo que Dios me ha dado á conocer, después de lo cual no soy culpable de haberos llamado la verdad. Al presente toca á vosotros el tomar cuidado de ella. No podeis reprocharme el que os la haya ocultado. Si quereis creerme y gustar en Dios la verdadera paz del corazón, echad al río todos cuantos libros tengais de este autor y no os adhirais más á los errores que contienen. » Después de haberles hablado así, los despidió.

Dios protegía algunas veces visiblemente con prodigios á San Pacomio. Citaremos un ejemplo de ello. En la fundacion del monasterio de Panes, habiendo el Santo empezado á hacer su muralla con los religiosos, algunas personas, acosadas de maligna envidia, fueron allá de noche á destruir lo que habia hecho. Él lo sufrió con una paciencia superior á su malicia, y no dejó de levantar otra vez que habían demolido; pero como quisiesen volver de nuevo á derribarlo (Dion. y Hercul. apud. Boll. nota B.), fueron detenidos por un ángel que habia hecho como una muralla de fuego, y por la cual dicen algunos autores que fueron consumidos.

Pero el Señor, que de este modo tomaba su proteccion con tanto esplendor, quiso hácia el fin de sus dias consumir su virtud con la humillacion, después de haberle ensalzado y honrado delante de los hombres con gracias y favores insignes, y permitió que tuviese que sufrir una cuidadosa contrariedad con motivo de estas mismas gracias que le habian conciliado la estima y veneracion de tantos pueblos.

Como de ellas se hablaba frecuentemente en el mundo



con admiracion, algunas personas mal intencionadas tomaron de aquí ocasion de murmurar contra él, poniendo en duda estas gracias y dones maravillosos con que Dios le favorecia, y queriendo hacer creer que estaba engañado ó que quería engañar á los demás. Esto fué causa de que se le llamase como en juicio en una asamblea de obispos y de monges que tuvo lugar en Latople, á donde se dirigió con algunos de sus religiosos.

Mantúvose allí en un modesto silencio hasta que le preguntaron. Hizose esto con mucha severidad y con muy poca atención á su excelente mérito, aun cuando todos los obispos fuesen ortodoxos, y á pesar de que dos de ellos, Filon y Mobe, hubiesen sido antes del número de sus discípulos. Pero cuando le fué permitido responder, hizolo de manera que se admirase su sabiduria, su humildad y la excelencia de su gracia. Esto no impidió que un hombre de mundo que se hallaba presente, ciego por sus prevenciones é instigado por el espíritu maligno, se arrojase sobre él espada en mano ; y hubiérale quitado la vida si los que se hallaban presentes no le hubiesen detenido.

Despues de esto, el Santo se retiró con sus religiosos que le habian acompañado, y se fué á su monasterio de Pachnum, que se hallaba en el territorio de Latople.

Poco tiempo despues, estando su discípulo Teodoro de vuelta de un viage que había hecho á Alejandría, el Santo no le habló de lo que le había sucedido en la Asamblea de Latople sino para enseñarle que era preciso sufrir con paciencia las contradicciones, y dar por ellas gracias a Dios. Mucho más sensible pareció por los males, con los que supo que estaba afligida la iglesia de Alejandría á causa de la tiranía del desgraciado Gregorio, á quien los arrianos habian colocado en aquella sede, despues de haber arrojado de ella á San Atanasio ; pero predijo que este gran Santo sería restablecido muy pronto, lo cual no dejó de suceder.

Sin embargo, pasada la cuaresma, propagóse en sus monasterios una enfermedad contagiosa que en poco tiempo se llevó á más de cien religiosos, muchos de los cuales eran de los principales de la órden como Syr, Corneille, Pafnucio y muchos otros de gran mérito. Él mismo fué atacado del mal y sufrió grandemente por espacio de cuarenta dias. Pero aun cuando su cuerpo estuviese enteramente abatido por el grande ardor de la fiebre que le consumia, mostraba tanta alegría, que fácilmente podia juzgarse por allí de la paz y pureza de su conciencia.

Dos días antes de su muerte, hizo llamar á los superiores y á los principales de todos los monasterios, y les habló de esta manera : « No puedo dudar por el estado en que me encuentro, que el Señor me llama á él. Acordaos de todas las cosas que con tanta frecuencia os he recomendado. Sed vigilantes en vuestras oraciones y discretos en todas vuestras acciones. No tengais comunicacion alguna con los secuaces de Melecio, Arrio y Orígenes. No os junteis sino con los que temen al Señor, y que pueden servirnos útilmente con su santa conversacion, dando á vuestras almas verdaderos consuelos espirituales. En cuanto á mi, siento que me voy y que se aproxima la hora de mi muerte ; por esto os exhorto á que escojais a alguno de entre vosotros que os gobierne segun el espíritu de Dios. »

Hizo en seguida que se acercase Orsise ; uno de los religiosos más recomendables de su congregacion, y le dijo que preguntase á cada uno en particular á quién escogía por superior general ; pero ellos se remitieron todos á juicio del Santo, quien les dijo que puesto que querian remitirse á él, le parecía que Petronio era el que más convenia, si es que no hubiese ya muerto ; porque habían sabido que tenía el mal contagioso en el monasterio de Tismen, situado cerca de Panes. Todos accedieron de corazon á esta eleccion, persuadidos de que no podían enga-



ñarse siguiendo el consejo de su bienaventurado Padre.

Señaló todavía los últimos momentos de su vida con un acto de virtud que mostraba que su amor á la mortificación y á la observancia regular no se debilitó jamás en él hasta la muerte. Como su cuerpo estaba absolutamente agotado de fuerzas, hallábase oprimido por el peso de la manta que hasta entonces había usado, y rogó por caridad á uno de los hermanos que estaban cerca de él que fuese á buscar otra más ligera. Este corrió al instante en busca del ecónomo, quien le entregó una de las más limpias y cómodas; pero cuando el Santo la vió tan diferente de la primera, no la quiso, diciendo que no era justo que él tuviese nada de más ni mejor que los otros hermanos.

Por último, despues de haber recomendado por tres veces á su querido discípulo Teodoro, que él preveía que tendría que gobernar la órden en lo sucesivo, que no abandonara nunca el cuidado de aquellos hermanos á quienes viese demasiado negligentes, sino que les exhortase y alentase á vivir segun la santidad de su estado, habiéndose fortalecido con la señal de la cruz, y viendo con un exceso de alegría á un ángel de luz que venía á él, entregó su alma á Dios el 9 de mayo del año 348, que era el 57 de su edad y el 35 de su retiro, segun el cómputo de Tillemont.

Encerróse su cuerpo al día siguiente en la montaña próxima al monasterio, de donde su discípulo Teodoro, ayudado de algunos hermanos, lo trasladó secretamente á otro lugar, creyendo que así lo había ordenado.

A más de los reglamentos que este gran Santo había hecho para sus monasterios, y de los cuales tendremos ocasion de hablar al tratar de la disciplina de su órden, escribió también muchas cartas ya á los superiores de sus casas ya á los religiosos particulares. Encuéntrase todo esto en la coleccion de las reglas hechas en el siglo nono por San Benito de Aniano, que las encontró traducidas en latin por

San Jerónimo. Servíase algunas veces en sus cartas del alfabeto griego, á manera de una cifra para hablarles en lenguaje misterioso, que solo era entendido de aquellos á quienes escribía, y que eran personas de una gracia y de un mérito extraordinarios. Como que estos estaban iniciados en el secreto de dichos misterios le respondían de la misma manera. San Jerónimo asegura que era un ángel quien le había enseñado este lenguaje, lo mismo que á Syr y á Cornelle sus discípulos.

Aun cuando no conociéramos á San Pacomio más que por los elogios que de él se han hecho, sin que nos quedase ningun monumento de su vida, bastarian ellos para inspirarnos una gran veneracion por su mérito y hacernos muy respetable su memoria; porque además de lo que de él dicen los autores de la historia monástica, como Rufino, Paladio y los otros, San Atanasio al ir á Roma hizo allí célebre su nombre. San Jerónimo (Hier. Epist. 16.) creyó prestar un gran servicio á la iglesia latina traduciendo los reglamentos que hacía observar en sus monasterios, y Genado (Vir. illi c. 7.) dice que no tenía menos una gracia apostólica para instruir que para hacer milagros.

Pero sus acciones y sus instrucciones que aquí hemos recogido del texto que nos han dado los sabios continuadores de Bolando, y cuyos compendios se encuentran en Surio y Rosweide, nos dán de él una idea tan elevada que, por más estension que hayamos dado á su historia no creemos que se nos reproche el haber sido demasiado prolijos.